

Bienvenido a
Iglesia Presbiteriana Crestholme
Domingo de Trinidad
12 de Junio, 2022

SERMÓN **“Ustedes son tres, nosotros somos tres”** **Anciano, Fred Archer**
Escrito por el reverendo Bertie Pearson

En 1804, Thomas Jefferson ya había redactado la Declaración de Independencia, construido Monticello y estaba casi a la mitad de su presidencia, pero ese año decidió emprender su proyecto más ambicioso de todos: el presidente Thomas Jefferson decidió reescribir el Nuevo Testamento. ¡Bueno, no reescriba exactamente: no quería agregar nada, solo eliminar todas las cosas que no tenían sentido. Hubo inconsistencias, historias inverosímiles y, sobre todo, todo ese asunto confuso acerca de que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Para Jefferson, un intelectual de la era de la Ilustración que fue presidente, no solo de los Estados Unidos sino también de la Sociedad Filosófica Estadounidense, la Trinidad simplemente no tenía sentido: ¿cómo podía existir un Dios en tres personas? Era, podría haber dicho, una simple cuestión de suma: podías ser un ser o tres seres, ¡pero no los dos al mismo tiempo!

Y esta no es una respuesta poco común a la adoración cristiana de un Dios Triuno. La Trinidad es ilógica, no es matemática, entonces, ¿por qué no la aclaramos de una vez por todas? Podríamos volver a la mesa de dibujo religiosa y proclamarnos adeptos absolutos a la unicidad de Dios, o podríamos tirar la toalla monoteísta y abrazar una gran pluralidad de dioses; cualquier forma tiene sentido. ¿No estamos simplemente creando una confusión innecesaria al apegarnos a este problema matemático mal construido? El problema aquí es que el cristianismo no es una ecuación o un teorema: el cristianismo es la revelación de Dios en Jesucristo.

“En el principio”, escribió San Juan, “era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la palabra era Dios”, y el mundo dijo: “Espera, ¿qué? ¿Qué quieres decir con que la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios? ¿Cuál es? Pero en lugar de aclarar esta estúpida introducción, Juan continúa diciéndonos que esta misma Palabra de Dios, Aquel que es a la vez distinto de Dios y que es Dios, se hizo carne como un bebé diminuto e indefenso en medio de una parte insignificante en Palestina. Que Dios el Hijo fue el amigo amoroso de María, Marta y Lázaro, que la Palabra de Dios mismo murió en una cruz, y al hacerlo, destruyó la muerte misma.

Y si eso no fuera lo suficientemente complicado, también tenemos que luchar con el Evangelio de hoy en el que Cristo habla del Espíritu Santo. Este es el aliento de vida de Dios, el amor activo de Dios y, sin embargo, Jesús no llama al Espíritu "eso", como si hablara de una energía, una actividad o una fuerza. En cambio, Jesús dice del Espíritu Santo: "Él os guiará a toda la verdad". Este es el mismo Espíritu de Dios que vemos flotando sobre las aguas de la creación en el Génesis, transformando jueces y profetas en el Antiguo Testamento, el Espíritu que, nos dice San Pablo, puede ser agraviado por nuestras acciones, que habla en los corazones de su pueblo fiel, enseñándonos a orar y acompañándonos como abogado y guía.

¿Qué hacemos con todo esto? ¿Qué hacemos con el Padre, la fuente de todo lo que es, de lo que se habla, no como una teoría sobre por qué hay algo en lugar de nada, sino como una persona que nos ama a cada uno de nosotros infinitamente, que se aflige con nosotros por nuestras preocupaciones más pequeñas, quién cuenta cada cabello de nuestra cabeza? ¿Qué hacemos con la Palabra de Dios, que no es un mensaje inspirador o un importante conjunto de instrucciones, sino una persona que se entrega a nosotros en su encarnación y dio su vida por nosotros en la Cruz? ¿Qué hacemos con el Espíritu Santo, que no es la fuerza de la Guerra de las Galaxias, o una cálida pelusa, sino una persona, que toma su morada en nuestros corazones; quién se ofrece a hacer de nuestra vida signos vivos de su bondad y amor? A veces estamos tentados a pensar en la Santísima Trinidad como una pieza de teología técnica, o las matemáticas equivocadas de una era primitiva, pero de hecho, la creencia en un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo es el corazón vivo de la revelación bíblica de Dios.

Y, sin embargo, ¿qué impacto tiene la fe en la Trinidad en nuestras vidas? ¿No es algo en lo que podemos reflexionar un domingo al año y luego encerrarlo de manera segura en el catecismo donde pertenece? A menudo confundimos conocer y saber; si te digo: "Conoces a Joe Biden, ¿verdad?" Dirás: "¡Por supuesto, él es el presidente!" Pero si luego digo: "¿Puedes enviarle un mensaje de texto y hacerle saber que no llegaré a la Casa Blanca para cenar esta noche?" Te darás cuenta de que no quise decir, "¿Sabes de él?" sino, "¿Lo conoces, tienes una relación con él, son amigos?"

A veces imaginamos que la doctrina de la Trinidad es útil para conocer a Dios, como si fuera necesario aclarar los hechos, pero entender la Trinidad no se trata de tener una opinión correcta sobre la naturaleza de Dios. En cambio, es el punto de partida para conocerlo verdaderamente. Creer en fuerzas abstractas, hipótesis explicativas, o buenos o malos problemas matemáticos, es tener un conjunto de opiniones sobre la verdad; sino entrar en relación con Dios el Espíritu Santo, sentirlo orando en tu corazón, sentirlo jalándote hacia una vida de humildad y alegría. Esto es comenzar a construir una verdadera amistad con Dios.

Conocer el amor de Jesús, plenamente Dios y plenamente humano, ver cuánto se preocupa por ti Dios encarnado, sentir la Palabra viva de Dios caminando contigo, ayudándote a trascender todo lo que te impide vivir una vida de amor por Dios y por tu prójimo, esto es empezar a enamorarse de Dios. Adorar a nuestro Padre Celestial, saber que ahora somos, no como miríadas infinitesimalmente insignificantes de mortales, sino como sus hijos amados, como coherederos de su Reino Celestial: como las criaturas amadas a quienes Él da todo lo que tiene, esto es para conocer verdaderamente a Dios Padre.

El obispo ortodoxo oriental Kallistos Ware cuenta una antigua historia de Europa del Este sobre un obispo de una gran diócesis que decidió visitar cada una de sus parroquias. Después de pasar años a caballo, pensó que los había visto a todos, cuando alguien le habló de una pequeña capilla, en una isla remota en el mar. Fiel a su misión, alquiló un barco y partió hacia la isla. Al aterrizar, descubrió que era un lugar desolado, habitado solo por tres ancianos. Los saludó y comenzó a interrogar a estos cristianos aislados sobre la ortodoxia de su fe. "Dime", dijo el obispo, "¿cómo rezas?" Ellos respondieron: "Simplemente nos paramos, tomados de la mano así". Y los tres ancianos juntaron sus manos, diciendo: "Tres sois, nosotros tres, ten piedad de nosotros".

"¿Qué?" dijo el obispo. "Esto nunca servirá. ¿No conoces el Padrenuestro?" "No", dijeron los ermitaños, "¡Por favor, enséñanos, oh santo hombre de Dios!" El obispo pasó toda la tarde enseñando a los distraídos viejos ermitaños el Padrenuestro, y cuando finalmente lo entendieron, se despidió, regresó al barco y se dirigió de nuevo al mar, desconcertado por estos extraños ancianos y su isla.

Oscureció mientras reflexionaba en la cubierta de su barco, mirando hacia el mar, cuando desde lejos comenzó a ver un diminuto punto de luz procedente de la isla. A medida que se acercaba, la luz se hizo más y más brillante, hasta que pudo ver que eran los tres ermitaños, tomados de la mano, corriendo rápidamente sobre el agua, las barbas ondeando al viento, sus rostros radiantes con la luz de Cristo. "¡Oh santo varón de Dios, santo varón de Dios!" dijeron los ermitaños, "¡Hemos olvidado la oración que nos enseñaste! ¡Por favor, enséñanos de nuevo para que podamos orar correctamente!" "Pensándolo bien", dijo el obispo, "creo que su oración esta bien".

Ustedes son tres, nosotros somos tres, ten piedad de nosotros. A la santa e indivisa Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios, sea honor y gloria, ahora y por siempre. Amén